

El eterno fluir del nombre

Aurelio González Ovies

Universidad de Oviedo

Y, en consecuencia, que tu nombre,
José Luis, no muera jamás.

Ellos, los clásicos, no han muerto ni del todo ni nunca. Han logrado su empresa. Sus letras y nuestras recreaciones procuraron que aprendamos la esencia, y hoy vamos a corroborarlo deteniéndonos en la importancia del nombre y el renombre, esos por los que los autores vienen interpelando desde los orígenes. Que el nombre, nuestro nombre, quede al menos más allá de nosotros, que pueda ser testigo de nuestro paso efímero por el mundo, que posea nuestro vacío. Que alguien diga así alguna vez y esta gloria mía no perezca nunca, como Homero rogaba (*Iliada* VII 90); que no se desvanezcan con el tiempo los hechos de los hombres, y no queden sin gloria grandes y maravillosas obras, en petición de Heródoto (I 1). Que dos cosas, escribía Píndaro (*Istmica*, V 12 y ss.) custodian solamente la dulcísima flor de la vida, junto con la bien florida riqueza: ser un hombre afortunado y tener noble fama. No nos vayamos del todo, no nos consuma la nada. Que el nombre, nuestro nombre, nuestro nombre sin carne ya y sin hueso, sea albacea indestructible. Este, creo, es el deseo de todo ser humano, ayer, ahora y siempre, de ese ser que sella testimonio de sí mismo a través de cualquier manifestación artística.

Este es el anhelo y la falsa esperanza de quien levantó pirámides en medio del desierto, de quien construye anfiteatros desafiantes, de quien pincela las guerras y los paraísos sobre el lienzo, de quien crea melodías con las sensibles notas de su estado de ánimo y de quien escribe versos y desgrana su voz sobre una página.

Y este, el deseo de permanencia -nombre, gloria, fama- de los clásicos latinos y de los clásicos hodiernos va a ser el objeto de las páginas que siguen, en las que

intentaremos rastrear, no sé si llamarlo la aspiración, la ambición o la esperanza de infinitud que los poetas, desde la Antigüedad a nuestros días, proyectan en sus creaciones. Unas creaciones en las que su yo se reencarna siglo tras siglo, un organismo vivo capaz de comunicarse con nosotros y con la misma influencia mucho tiempo después de que el autor se haya ausentado. No estarán todos los que son, por supuesto, pues las citas serían interminables, pero sí todos los que nuestra subjetividad, propia en cualquier selección literaria, nos dicta imprescindibles, tanto de los clásicos como de los contemporáneos en lengua española de la segunda mitad del siglo xx.

Cristina Peri Rossi que, entre sus exquisitos versos, asegura que «el poeta se parece al profeta, / [...] / no solo en el hecho de ser oído por escaso / número de gentes, / sino porque como aquel / aspira a salvarse de la muerte / a través del verbo. / Aunque sea un verbo profano», en otro poema se sincera y nos indica la finalidad de su oficio, en nada distinta de la de los grandes nombres de la historia, aquellos que nos han legado su palabra posada sobre el tiempo para que la reelaboremos, pues ninguna palabra es original hasta que no diseminamos sobre su superficie, entre sus sílabas, algo de nuestra esencia, fracciones de nuestro pensamiento del mundo, partículas perennes de nuestra flaqueza:

Huellas de poetas antiguos y modernos
 en cada palabra
 y en el silencio
 que hay detrás de la frase
 atestiguan
 que en el fondo Platón,
 Safo y mi querido Salinger
 son citas retocadas
 de un solo
 interminable
 que yo morosamente continúo
 en mi combate personal
 contra la fugacidad.

A pesar de que, en principio, centraremos nuestro recorrido en textos poéticos, son abundantes las afirmaciones que ya en Roma nos corroboran el ansia de gloria en todos los hacedores de arte. Afirma Valerio Máximo (VIII 14, 5) que *nulla est ergo tanta humilitas, quae dulcissime gloriae non tangatur*: no hay humildad tan grande que no sienta los halagos de la gloria. Tácito nos comenta en *Historias* IV 6,1 que *etiam sapientibus cupido gloriae nouissima exiit*, es decir: la última pasión que se despoja, incluso para los sabios, es la de la gloria. Del mismo modo, Salustio (*Conjuración de Catilina*, I) expone en la introducción de su obra, y contrario a la sentencia de Heródoto, que una vida sin gloria, sin letras, sin arte donde dejar vestigios de nuestra vida misma, es una vida muerta, es una muerte en vida, pues son el espíritu y la sensibilidad los que nos separan de los animales, por lo que tal pasión por la inmortalidad se entiende como un sentimiento inherente al hombre:

... mihi rectius uidetur ingeni quam uirium opibus gloriam quaerere et, quoniam uita ipsa qua fruimur breuis est, memoriam nostri quam maxime longam efficere. Nam diuitiarum et formae gloria fluxa atque fragilis est, uirtus clara aeternaque habetur.

(Me parece más natural buscar la gloria con los recursos del carácter que con los de las fuerzas corporales, y, ya que la vida que disfrutamos es breve, hacer hasta donde esté a nuestro alcance larga memoria de nosotros, porque la gloria de las riquezas y de la belleza es pasajera y frágil, pero la virtud se posee eterna y gloriosamente).

Por una parte, la obra, las palabras son como una promesa de existencia futura, como una determinación de nosotros después de nosotros; las palabras escritas, frente a nuestra naturaleza temporal, se convierten en testimonio atemporal de lo que sucede una sola vez y queda para siempre, nos sustituyen, valen y permanecen más que nosotros mismos, humanos de a pie. J.A. Goytisolo en *El poema: no yo*, por remitir a uno de los muchos ejemplos, temeroso de su caducidad, frente a la firmeza del verso, y sabedor en vida de su notoriedad postrera, asevera en estos alejandrinos que lindan con el tópico de la falsa modestia:

Hay quien lee y canta poemas que yo hice
y quien piensa que soy un escritor notable.
Prefiero que recuerden algunos de mis versos
y que olviden mi nombre. Los poemas son mi orgullo.

Por otra parte, el nombre propio, lo que uno es, ese que nos personaliza, identifica y nos individualiza frente a los objetos comunes, y ese que después rellena la vacuidad de nuestra no presencia, era entre los clásicos suficiente, pero también indispensable, para no morir del todo y definitivamente, o lo que es lo mismo, para no caer en el olvido absoluto, la muerte verdadera y concluyente. Ese nombre propio, lo que uno fue, constituía el elemento esencial en aquellas estelas funerarias que, al borde de los caminos, solo requerían al transeúnte una mínima atención, un pronunciamiento de sus dos o tres sílabas, a fin de no cubrirse de maleza y abandono. No hace falta más que revisar cualquier colección de epigramas funerarios, para darse cuenta de que la permanencia y el no querer morir del todo forman parte de los tópicos del género.

El propio Ennio (239-169 a. C.) que ya en sus *Annales*, 4, afirma que *latos per populos terrasque poemata nostra / clara cluebant* (célebres e ilustres se propagaban nuestras obras por la extensión de pueblos y tierras), no deja de vanagloriarse tampoco en su epitafio, fiel espejo de ese cierto narcisismo congénito que los poetas dejan reflejar en algún renglón de sus escritos, y apostilla sin titubeos:

*Adspicite, o ciues, senis Enni imaginis formam.
Hic uestrum panxit maxima facta patrum.
Nemo me lacrimis decoret nec funera fletu
faxit. Cur? uolito uiuos per ora uirum.*

(Observad, ciudadanos, la buena imagen del viejo Ennio. / El que dio fama a los hechos grandiosos de vuestros mayores. / Nadie con sus lágrimas me honre ni llorosos funerales me haga. / ¿Por qué? Vivo, andaré, de boca en boca, entre los hombres).¹

Y muchas son también las lápidas que desde la Antigüedad auguran y prometen la huella y recuerdo eternos, pues «la piedra inscrita posee dos características simultáneas y complementarias: la durabilidad casi imperecedera del soporte natural y la accesibilidad permanente y pública de la leyenda grabada. Es decir, dos características que garantizan la memoria, el culto del nombre y la supervivencia en el recuerdo de la comunidad tanto presente como futura (G. SANDERS, 1991: 160-161)». Así lo testimonian gran número de epigramas recogidos en los *Carmina Latina Epigraphica*:

*Hoc posuit donum, quod nec sententia Mortis
vincere nec poterit Fatorum summa potestas,
sed populi saluo semper rumore manebit* (249, 21-23).

(Aquí puso esta ofrenda que ni el poder de la muerte / ni la más alta potestad de los hados podrán vencer, / sino que permanecerá por siempre en la palabra salvadora del pueblo).

*... qui nunc Valianus ab isto
dicitur aeternumque tenet per saecula nomen* (275, 1-2).

(... Quien ahora es llamado Valiano sobre esta lápida / que posee un nombre para la eternidad de los siglos).

hunc titulum meritis seruat tibi fama superstes (423, 5).²

(Esta dedicatoria te conserva bien mercedamente el renombre que te sobrevive).

Los clásicos siguen muy vivos incluso ante la muerte. En las esquelas contemporáneas que recogemos del diario *La Nueva España*, advertencias al recuerdo y la permanencia del nombre son algo tan procurado y habitual como la fecha del fallecimiento, la filiación o la constatación de la magnitud del dolor y la desolación que conlleva la ausencia de los seres queridos, así por ejemplo en:

Cada noche una estrella
nos mira desde el cielo.
Cada noche tu nombre
se enciende en el recuerdo.

¹ La traducción es nuestra, como en los tres ejemplos que epigráficos siguientes y en aquellos casos que en el apartado de la bibliografía no adjudicamos la autoría.

² *Vid.* también: 437, 14-15; 461, 5; 499, 2-3; 525, 7; 545, 4; 583, 2; 592, 4; 593, 4; 598, 1-2; 603-7; 618, 2-3; 621, 1; 659, 3; 698, 17; 699, 8-10; 744, 7; 878, 4; 922, 2; 926, 2; etc.

Nosotros jamás te olvidaremos.
(19 de enero de 1993)

El nombre, nuestro nombre, algo tan sencillo, y sin embargo tan único, tan nuestro, tan intransferible, tan indicador de lo que somos, y tan testimonial y evocador cuando dejamos de ser, porque, como Lucía Etxebarría reconsidera en el poema titulado *Debajo del nombre*, si nos borran del nombre nos desahucian de nosotros:

¿Y si te quito el nombre?
Si consigo que no te evoque
si puedo oírlo sin cerrar los ojos
para impedir el paso de las lágrimas
¿Y si te quito el nombre?
Si lo convierto en un nombre como otro cualquiera
¿Qué quedará de ti?

Nada.

No podemos negarlo, la necesidad expresiva y el deseo de dilatar nuestra existencia nos asaltan de manera inevitable, para imponerse como motor de nuestra *poética* particular, conciencia de la restricción humana. Creamos metáforas, modelamos lenguajes, originamos estilos y perpetuamos espacios no en blanco, siempre contra el imperceptible tiempo enemigo que todo lo arrasa y borra. Mas el arte, la poesía, en nuestro caso, es el mejor cauce para internarnos en el eco y sus reverberaciones, en una permanente futuridad indeleble.

De ahí que la mayoría de los autores de todas las épocas, se muestran críticos implacables de su propia obra a la hora de reafirmarse en su posteridad, experimentados en el contradictorio criterio de, que cuando un autor se ausenta, su presencia se agranda, el nombre cobra vida a partir de la muerte, la obra expande su alcance al atravesar la irreversible penumbra de la inexistencia: *maior e longinquo reuerentia*, el prestigio aumenta en la distancia, tal como percibe Tácito en *Anales*, I 47, 3. Catulo, en los versos finales (8-10) del *carmen* que abre su conjunto, a la vista de las vituperaciones sobre su estilo y su pluma, y desconfiando de que sea profeta en su tiempo, solicita a las musas su coronación:

*quare habe tibi quidquid hoc libelli
qualecumque; quod, o patrona uirgo,
plus uno maneat perenne saeclo.*

(Acepta, pues, este librejo, valga / lo que valiere -oh, musa mía- y logra / que viva más de un siglo en el futuro).

Virgilio, entre otros múltiples pasajes, agradecido Eneas de la hospitalidad de Dido, introduce en *Eneida*, I 607-610 unos hermosos versos que no son más que una transparente muestra de quien se aferra a la esperanza de que mientras la vida sea vida, el nombre, su nombre, sea nombre, y la gloria de su obra, cuando la vida se haga muerte, sea indestructible y eterna:

*in freta dum fluuii current, dum montibus umbrae
lustrabunt, conuexa polus dum sidera pascet,
semper honos nomenque tuum laudesque manebunt,
quae me cumque uocant terrae...³*

(Mientras los ríos corran al mar, mientras el cielo alimente a las constelaciones, tu gloria, tu nombre y las alabanzas a ti dedicadas permanecerán siempre entre nosotros en cualquier lugar a donde el destino me llame.)

Eloy Sánchez Rosillo, un poeta que tiene la certeza de que, puesto que ha de morir y perderse en el Hades sin remedio, pide en *Meleagro de Gádara trenza su guirnalda* que «la belleza de [sus] versos desafíe la muerte», abre sus *Elegías* compone un poema sobre el origen y fin de la poesía, el sentido verdadero de la vida poética: un momento original y único, pero equivalente a la inmortalidad, un instante que, como la palabra misma, humilde, pero vital, lacra sobre el papel, aparentemente perecedero, la eternidad de la obra literaria y su autoría:

Ten dispuesto el papel, y que la pluma
esté junto al cuaderno. Siéntate aquí, en la estancia
de siempre -una ventana, el sillón y la mesa,
algún cuadro, la música, los libros,
un jarrón con anémonas-, y aguarda, porque acaso,
si eres paciente y lo mereces, halles
lo que encontrar ansías: el poema,
el alto don que el cielo
entrega a veces a quien lo ha esperado
con humildad y orgullo.

La palabra
acudirá quizás y, de repente,
todo tendrá sentido: tú y las cosas
que tus ojos verán como por vez primera
y que en la luz propicia de ese momento único
sabrás decir, de forma que lo dicho,
venciendo al tiempo, en papel perdure.

Horacio, en su conocida Oda III 30, antepone, como es bien sabido, la memoria al servicio de su labor de escritura; apuesta, con previsión nada equivocada, en contra de la dureza de los metales, frente al cíclico devenir de las estaciones, frente a la inmensidad inmortal de la naturaleza y la escapada de los días que se hacen años y suman siglos, apuesta, digo, por la cimentación de la gloria, en firme y en primera persona, por la consagración póstuma de su poesía. Su misma vigencia y esta mención misma que hoy traemos a colación, ratifican su presagio y su triunfo ante esa insobornable muerte, *saeva necessitas* que, en polvo, tarde o temprano, nos convierte:

³ Cf. VI 8, 22; VII 1-4; X 280-282; 468-470; etc. Vid.: *Égloga*, IV 6 y ss.; 53 y ss.; V 76 y ss.; VIII 6 y ss.; IX 446 y ss.; X 791-793; etc.

*Exegi monumentum aere perennius
regalique situ pyramidum altius,
quod non imber edax, non Aquilo impotens
possit diruere aut innumerabilis
annorum series et fuga temporum.
Non omnis moriar multaue pars mei
uitabit Libitinam: usque ego posterea
crescam laude recens...*⁴

(Me parece más natural buscar la gloria con los recursos del carácter que con los de las fuerzas corporales, y, ya que la vida que disfrutamos es breve, hacer hasta donde esté a nuestro alcance larga memoria de nosotros, porque la gloria de las riquezas y de la belleza es pasajera y frágil, pero la virtud se posee eterna y gloriosamente).

Víctor Botas, poeta ovetense (1945-1994), reflexivo ante la prontitud de todo, ante el indetenible paso del tiempo, desde esa situación de angustia de donde surgen tanto la esencia poética como el deseo de prolongación del ser y su sentido, con un tono horaciano se sirve del tópico del amor *ad aeternum*, *amor post mortem*, y confía en la firmeza del verso, pues en *Las cosas que me acechan* asegura:

Yo sé que mis palabras te parecen
cosas sin importancia; te equivocas:
perdurarán intactas y el transcurso
de los días del tiempo y de sus noches
no las marchitará. Vendrá un futuro
momento en que otros labios, aún secretos,
acaso las pronuncien no sin cierto
temblor. Tú y yo seremos polvo, y distintos
mármoles vocearán nuestras victorias
y el hierro habrá cedido al prepotente
rumor de la clepsidra. Mas tus ojos
seguirán alentando en cada línea,
perennemente jóvenes. También algo
de aquel jardín que nunca compartimos.

Así lo dejó escrito igualmente, entre sus más personales memorias y amoríos, Propercio en una de esas composiciones, III 2, 17-26, que si no explícitamente encaminadas a encumbrarse, sí van dirigidas a perpetuar su palabra engarzada, para la posteridad, a su sentir y su pasión por la amada:

*Fortunata, meo si qua est celebrata libello!
Carmina erunt formae tot monumenta tuae.
Nam neque Pyramidum sumptus ad sidera ducti
nec Iouis Elei caelum imitate domus
nec Mausolei diues fortuna sepulcri*

⁴ Cf. II 2, 5-8; II 20, 9 y ss.; III 11, 36-39; III 13, 13-15; IV 9, 1-4; 13-16 y 21-23; *Epístolas*, I 19 y ss.; etc.

*mortis ab extrema condicione uacant;
aut illis flamma aut imber subducit honores,
annorum aut ictu pondere uicta ruent.
At non ingenio quaesitum nomen ab aeuo
Excidet: ingenio stat sine morte decus.*

(¡Afortunada, si mi libro te ha hecho célebre! / Mis poemas serán buen monumento a tu hermosura. / Pues ni el lujo de las pirámides, que apunta a las estrellas, / ni la casa de Júpiter Eleo, que imita al cielo, / ni la fortuna ostentosa del Mausoleo, / se libran de la muerte que al fin los condiciona. / Fuego o lluvia han de robarles sus honores; / al paso de los años, vencidos por su peso, han de caer. / Mas la fama que se debe al genio, no ha de hundirla / el tiempo; es ajeno a la muerte el honor al genio).

Ovidio, el poeta que en sus *Amores* III 9, 29 manifiesta que *durat opus uatum*, es decir, que la obra de los poetas es duradera, culmina sus *Metamorfosis*, xv 871-879 con horacianos presagios. No habrá fuego tan ávido ni edad tan devoradora ni venganza divina que derriben su nombre ya férreamente asentado en la magnificencia de sus dísticos. El fantasma del olvido no se filtrará nunca por las posibles grietas de sus obras. No habrá lugar, porque su afán es tenaz y su gloria saboreará el *boca en boca* de las generaciones y la Historia:

*Iamque opus exegi, quod nec Iovis ira nec ignis
nec poterit ferrum nec edax abolere uetustas.
Cum uolet, illa dies, quae nil nisi corporis huius
ius habet, incerti spatium mihi finiat aevi:
parte tamen meliore mei super alta perennis
astra ferar, nomenque erit indelebile nostrum,
quaque patet domitis Romana potentia terris.
Ore legar populi perque omnia saecula fama,
siquid habent ueri uatum presagia, uiuam.⁵*

(Y ya he dado fin a una obra que no podrán aniquilar ni la cólera de Júpiter ni el fuego ni el hierro ni el tiempo devorador. Que ese día que no tiene derecho a otra cosa más que a mi cuerpo acabe cuando quiera con el transcurso de mi vida incierta; pero en la mejor parte de mí yo viajaré inmortal por encima de los astros de las alturas, y mi nombre será indestructible, y por donde se extiende el poder de Roma sobre la tierra subyugada, la gente me leerá de viva voz, y gracias a la fama, si algo de verídico tienen los presentimientos de los poetas, viviré por todos los siglos).

José Ángel Valente, un poeta que vislumbra que lo escrito atraviesa el tiempo, traspasa la finitud; el presente no está más que en el aquí y ahora, pero el pasado siempre está, siempre podrá estar, aunque sea sobre la palabra, diciendo más allá de lo que es y está, sobreviviendo; presente en *Material y memoria* algo similar

⁵ *Vid.*, I 456 y ss.; VI 12-13; VIII 300; XII 615-619; *Fastos*, III 389-390; V 377-378; *Tristes*, III 7, 45-52; IV 10, 121-124 y 129-130; V 1, 75-77; V 12, 37-38; *Pónticas* II 7, 47-48; III 9, 55-56; etc.

a lo que nuestros clásicos auguraban. Bajo la constante y palpable obsesión por la ceniza que edifica y sostiene cada una de sus composiciones, subyace no obstante una inquieta y entrelazada preocupación tanto por la pasión que lo mantiene vivo como por el destino de su letra, por alcanzar la superación propia, deseo de permanencia, al fin y al cabo, del amor a la vida y a la amada; así nos lo confirma la insistente anáfora que remata cada estrofa:

Mientras pueda decir
no moriré.

Mientras empañe el hálito
las palabras escritas en la noche
no moriré.

Mientras la sombra de aquel vientre baje
hasta el vértice oscuro del encuentro
no moriré.

No moriré.
Ni tú conmigo.

También Marcial en I 2 intuye que no morirá por completo ni para siempre, pues sus versos de *autopropaganda*, con los que imita las previsiones de Ovidio en *Tristia*, iv 10, nos dan a entender que el poeta se cuenta, ya en vida, entre esos privilegiados cuya gloria persevera tras la muerte:

Hic est quem legis ille, quem requiris,
toto notus in orbe Martialis
argutis epigrammaton libellis:
cui, lector studiose, quod dedisti
uiuenti decus atque sentienti,
rari post cineres habent poetae.⁶

(Este a quien lees, a quien reclamas, es el renombrado / Marcial, conocido en el mundo entero / por la agudeza de sus libros de epigramas: / a él, lector entregado, le has dado, / mientras vivía y sentía, la gloria / que muy pocos poetas tienen después de muertos).

No hace falta más que una superficial mirada, pues los indicios y los déicticos temporales se repiten en casi todas las piezas, para percatarse de cómo, con su obra, el artista desafía a la naturaleza y todos sus elementos –árbol, luz, montaña, fuego o piedra–; a esa naturaleza ante la que nos sentimos tan anecdóticos, tan poca cosa, tan brevemente aquí y ahora. A ese entorno que nos hace sabedores de que el transcurso temporal erosiona de forma muy distinta a la naturaleza que al ser humano. La última alternativa es, por tanto, hacer frente con nuestra voz, dar sentido a nuestro existir efímero con la fe en la palabra, espolvorear vida futura

⁶ Cf. iv 31; v 10; 13 y 60; vii 44, 45 y 97; viii 3; 13 y 73; x 2; 35 y 97; etc.

en la palabra, permanencia y continuación en la palabra, constancia de lo vivido en lo escrito, significación de nuestra biografía en el verbo que tañe incesante, como sugiere Miguel Martínón en la pieza titulada *Abbaye de Royaumont*:

Bajo las bóvedas las voces
perforan el presente:
solas su soledad escuchan
en el eco sin fin de las palabras.

Con exquisito artificio, Ausonio (*Mosella*, 474-483), en contraste con el modo antiguo, disminuye su papel en la glorificación del río [Mosela] y, con intencionada vaguedad de expresión, hace que la glorificación no sea pura materia literaria: el poeta no recomienda su río a un lector o a un auditorio, sino a las fuentes, a los lagos, a los bosques sagrados y, sobre todo, a los ríos caudales y sonoros. De tal modo la exaltación del Mosela rebasa el mezquino ámbito del gabinete de lectura, y se convierte en un himno de la naturaleza, para el que apenas cuenta la individualidad del poeta o la fama de los hombres, pero, además, modestia aparte, metaforiza la idea de inmortalidad, su inmortalidad, en ese eterno fluir que es la palabra. Su interpelación dice literalmente:

*Si quis bonos tenui uolet aspirare Camenae,
perdere si quis in his dignabitur otia Musis,
ibis in ora hominum laetoque fouebere cantu.
Te fontes uiuique lacus, te caerula noscent
flumina, te ueteres pagorum gloria luci;
te Druna, te sparsis incerta Druentia ripis
Alpinique colent fluuii, duplicemque per urbem
qui meat et dextrae Rhodanos dat nomina ripae;
te stagnis ego caerulis magnumque sonoris
amnibus, aequoreae te commendabo Garumnae.*

(Si algún honor quisiera ser favorable a la sutil Camena, / si alguno juzgara digno dedicar el tiempo libre a estas Musas, / andarás en boca de los hombres y serás festejado con cantos de alegría. / Te reconocerán las fuentes y los vívidos lagos, te reconocerán los ríos / transparentes, te reconocerán, deleite de las aldeas, los bosques sagrados; / el Drome poco seguro por sus riberas desbordadas / y los arroyos alpinos y el Ródano que fluye por la doble ciudad / y da nombre a la orilla derecha; yo te encomendaré a los azulados estanques y a los más sonoros / caudales, y al Garona marítimo).

Todo en la naturaleza nos es motivo permanente de confrontación. Todo en la naturaleza, inmutable e indiferente, nos habla del presente continuo del que formamos parte. Todo en la naturaleza es para la poesía intensidad, pugna contra la rapidez del instante, de la fugacidad, de la muerte, nuestro fin. Antonio Gamoneda en *Tímpano romano*, frente a ese cíclico devenir de todo lo que nos envejece, día a día, nos vuelve más precarios e inconsistentes, capta también, ante la inmutabilidad de la piedra, el frío de su mortal pequeñez. Dura la piedra duradera. Duros los hombres, sí, pero ante el dolor, no más:

Ante mi rostro,
piedras heridas, cuerpos
endurecidos en el dolor.

Piedra viva, fúndete
dentro de mis ojos, dame
tu consistencia, pon
una pequeña eternidad en mí.

Cualquier sólida apariencia, cualquier realidad inmovible es buena excusa para reconocernos criaturas transitorias, aves de paso. Jaime Siles, en *Balada del puente de Colonia*, ante la imagen impasible de un puente da expresión a su finitud. Sus leones, de material más consistente que la carne, vigilan un paisaje que el poeta no observa más que desde el ahora, porque su mirada, la mirada de un hombre, no va más allá de lo que tiene delante: como el vertiginoso tren la vida, todo a nuestro alrededor sigue pasando menos nosotros, que pasamos una sola vez y ya más nunca, de ahí el imperioso deseo de levantar el monumento, la memoria, la etimología (*men-/mon-*) es la misma, de nuestro exiguo ser:

El puente de Colonia:
dos leones vigilan
el agua por debajo,
el aire por arriba.

Dos leones de bronce
con su mirada fija
sobre el río y el puente,
sobre el tren y la vida.

Dos leones de bronce
sobre el Rhin se extasían
viendo pasar el agua,
viendo pasar la vida.

Quién pudiera como ellos
quedarse en esta orilla,
viendo pasar el agua,
viendo pasar la vida.

Asimismo, Antonio Colinas que en otra parte de su obra (*Madrugada en Teotihuacan*) observa cómo *las piedras de la pirámide / arañan el cielo cruel, infinito, / arañan un tiempo que no muere, pero nos ve morir*, en la composición titulada *Cabeza de la diosa entre la mano*, ante la contemplación de la reciedumbre de la efigie divina, añora la blandura del barro con que estamos formados, echa de menos ante los siglos que acumula, la caducidad de los años que nos reducen. No hay más que leer sus melancólicos versos:

Barro oscuro conforma tu figura
que mantiene el tiempo detenido.

Ser hombre o ser dios hoy es lo mismo:
solo un poco de tierra humedecida
a la que un sol antiguo dio dureza,
hermosura mortal, luz muy madura.
Pero lo que ha durado esta cabeza
frágil que ha contemplado tantos siglos
la muerte de los otros, que en mis manos
descansa, se hace fugazmente eterno.
En su rostro moreno cae la noche,
cae mucha luz de ocaso en sus dos labios
y cae un día más de nuestra vida.
Misterio superior este de ver
cómo su cuerpo acumula siglos
mientras el nuestro pierde juventud.
Misterio de dos barro que han brotado
de un mismo pozo y bajo un mismo fuego.
Mas solo a uno de ellos concedió
el Arte la virtud de ser divino
y, en consecuencia, no morir jamás.

Como se puede apreciar en todos los pasajes que hemos rescatado, el tiempo nos apremia, la muerte nos oprime, porque tenemos límites, porque no somos dioses, porque humano es el fin y hacia el fin caminamos. No obstante, la palabra nos prolonga, la sombra de nuestro nombre proyecta nuestra remembranza bajo los soles venideros. El arte nos rescata, nos aproxima a la inmortalidad. La poesía nos redime, porque el poeta, en contra de ese tiempo incesante, sabe rescatarlo, hacerlo presente continuo por el recuerdo, y el recuerdo es siempre actual. Por el recuerdo y la memoria, mecanismos para combatir el pasado, somos siempre presente, pertenecemos y nos hacemos presente. A través del recuerdo, algo queda de nosotros, no morimos del todo, pues el nombre ocupa lo que fuimos, resume y repite lo que tan velozmente hemos podido ser, lo que desde tan atrás han perseguido los clásicos imperecederos.

Referencias

- Aurea dicta*: Intro. de Enrique Tierno Galván. Barcelona, 2004.
AUSONIO: Traducción inglesa de Hugh Evelyn White. Londres, 1961.
CATULO: *Poesías completas*. Trad. de José M.^a Alonso Gamo. Guadalajara, 2004.
COLINAS, Antonio: *El río de sombra. Treinta y cinco años de poesía, 1967-2002*. Madrid, 2004⁶.
COLLAFRANCESCO, Paolo y Matteo MASSARO: *Concordanze dei Carmina Latina Epigraphica*. Bari, 1986.
ETXEBARRÍA, Lucía: *Estación de infierno*. Barcelona, 2001.
GADAMER, Hans Georg: *Arte y verdad de la palabra*, Barcelona, 1988.
GAMONEDA, Antonio: *Esta luz. Poesía reunida (1947-2004)*, Barcelona, 2004.
HERRERO LLORENTE, Victor José: *Diccionario de expresiones y frases latinas*. Madrid, 1992.
HORACIO: *Odas y epodos*. Edición y traducción de Manuel Fernández Galiano y Vicente Cristóbal, Madrid, 1990.

- LIDA DE MALKIEL, M.^a Rosa: *La idea de la fama en la Edad Media castellana*. Madrid, 1983.
- MARCIAL: *Epigramas I-II*. Traducción de Enrique Montero Cartelle. Salamanca, 2004.
- MARTINÓN, Miguel: *Lugar de trasluz*. Tenerife, 2004.
- MAZZOLANI STORONI, Lidia: *Iscrizioni funerarie romane*. Turín, 1991.
- OVIDIO: *Metamorfosis*. Traducción de Antonio Ruiz de Elvira. Madrid, 1988.
- PARISELLA, Innocentius: «Quid de morte senserit Horatius». *Latinitas*, 1954 II, pp. 193-199.
- PERI ROSSI, Cristina: *Poesía reunida*. Barcelona, 2005.
- PROPERCIO: *Elegías*. Traducción de Cano Alonso, P. L. Barcelona, 1985.
- RIERA, Carmen: *Partidarios de la felicidad. Antología poética del grupo catalán de los 50*. Barcelona, 2000.
- SALVADORE, M.: *Il nome, la persona. Saggio sull'etimologia antica*, Génova, 1987.
- SALUSTIO: *Conjuración de Catilina*. Traducción y notas de Manuel C. Díaz y Díaz. Madrid, 1974.
- SAMOILOVICH, Daniel y Antonio D. Tursi: *Horacio. XX Odas del libro tercero*. Madrid, 1998.
- SÁNCHEZ ROSILLO, Eloy: *Las cosas como fueron. Poesía completa, 1974-2003*. Barcelona, 2004.
- SILES, Jaime: *Pasos en la nieve*. Barcelona, 2004.
- VALENTE, José Ángel: *Palabra y materia*. Prólogo y epílogo de Amalia Iglesias Serna. Madrid, 2006.
- *Entrada en materia*. Edición de Jacques Ancet. Madrid, 1985.
- VIRGILIO: *La Eneida*. Traducción de Dulce Estefanía Álvarez. Barcelona, 1988.